

Todo empezó con una despedida

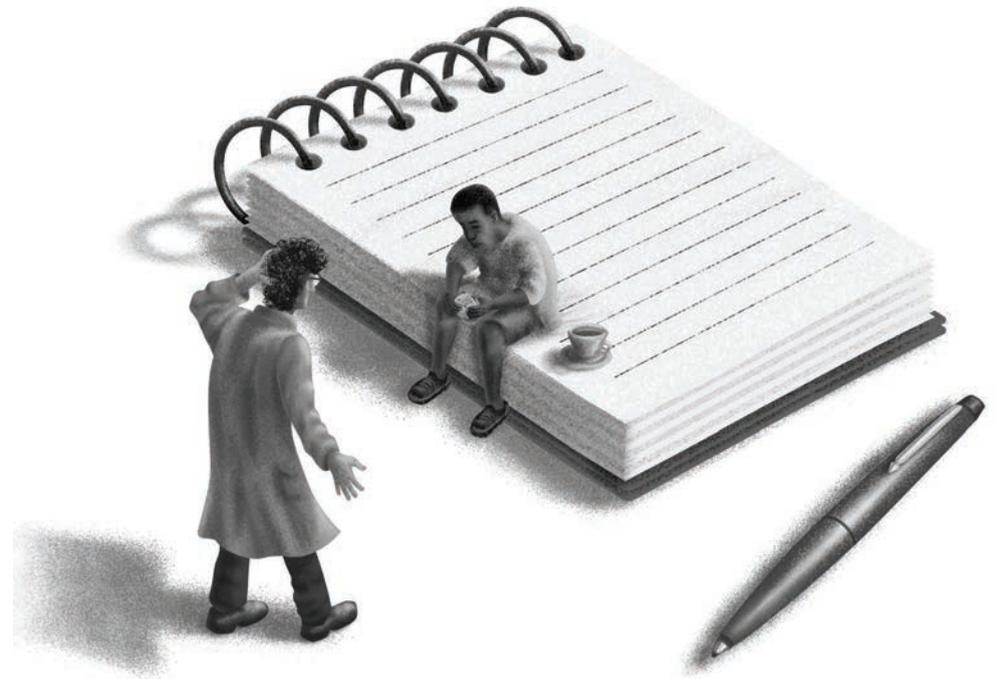
Andrea Ferrari

INCLUYE EL
CUENTO "LA
HISTORIA DE
KWAHERI"



loqueleo

La historia de Kwaheri



Aunque para todo el mundo José Luis Pedriel era un escritor, él prefería considerarse a sí mismo un escuchador. Porque eso, decía, era lo que mejor hacía: escuchar historias. Cuando empezó el año 2000 ya había publicado cuatro novelas y dos libros de cuentos, con los que había alcanzado un cierto renombre. Sin embargo, nunca le había confesado a nadie la verdad: era absolutamente incapaz de imaginar una historia. Pedriel dependía de los relatos de otras personas como del agua para vivir. Después les agregaba detalles, torcía el rumbo de los acontecimientos e inventaba finales más felices o espectaculares que los de la vida real. Pero sin esas historias ajenas era incapaz de escribir una línea.

Muchas veces, las personas que le proporcionaban la materia prima ni siquiera se enteraban de que habían sido la fuente de sus libros. Fue en

un colectivo que iba de Constitución a Tigre, por ejemplo, donde Pedriel escuchó cómo una mujer le contaba a otra la historia de las hermanas que se leían la mente, convertida en su primera novela. Y al año siguiente oyó relatar en el consultorio de su dentista las desventuras del hombre que se creía pescado. Su más conocido cuento infantil, el de la nena con dos ombligos, surgió en una plaza del relato de una mujer que cuidaba a su hijo junto al tobogán.

Para el año 2000, sin embargo, Pedriel sufría una espantosa sequía de historias. Hacía quince meses que no escribía por falta de material. Había tomado como rutina salir cada día en busca de algún relato: subía a colectivos y subtes, se sentaba en los bancos de las plazas, paseaba por los mercados y se detenía al ver a un grupo conversando. Pero nada. Ni una historia que valiera la pena ser contada. Pedriel se hundió en la depresión, convencido de que sus días como escritor estaban terminados.

Fue después de una jornada agotadora, en la que escuchó cientos de aburridas conversaciones ajenas con la vana esperanza de pescar algún relato interesante, cuando, de regreso a su casa, algo

llamó su atención. En la puerta de la verdulería, unas cinco personas discutían acaloradamente. Entre ellos había un chico negro de unos dieciséis o diecisiete años, a quien el verdulero tenía agarrado de un brazo. Pedriel reconoció en el grupo a una de sus vecinas, quien rápidamente lo puso al tanto de los hechos: el chico había intentado robar una manzana y el vendedor lo había atrapado. Una de las mujeres presentes le gritaba que lo dejara ir, porque no tenía sentido entregarlo a la policía por tan poca cosa como una manzana, pero el verdulero sostenía irritado que ese muchacho debía ser un peligro. Y, en el medio de todo ese caos, el chico aullaba de manera incomprensible.

—Usted, que es escritor —le dijo a Pedriel su vecina—, seguro que sabe idiomas. Cuéntenos qué dice.

En verdad, Pedriel apenas hablaba un poco de inglés y no entendió ni una palabra. Parecía una lengua africana. Pero estaba seguro de que ese muchacho de mirada asustada y ropa raída debía tener una buena historia. Y podía ser su salvación. De modo que decidió hacerse cargo: dijo que lo iba a llevar a una confitería para ofrecerle algo de comer y que tal vez, cuando estuviera más calmado,

podrían entenderse. El chico siguió resistiéndose hasta que captó por señas que se trataba de ir a comer. Recién entonces empezó a caminar junto al escritor.

Tres sándwiches y una porción de torta después, Pedriel seguía sin saber nada de su vida. El muchacho agradecía con gestos y cada tanto largaba extensas e incomprensibles frases en su idioma. El escritor probó primero con algunas palabras básicas en inglés y francés, y después un estilo Tarzán que lo hizo sentirse levemente ridículo.

—Yo —dijo poniéndose la mano en el pecho—, yo, José Luis. ¿Vos...?

El chico esbozó una sonrisa y siguió comiendo. Pedriel sabía que tenía que recurrir a algún otro método si pretendía conocer la historia. Pero para eso debía prolongar el encuentro. Entonces lo invitó, mediante señas, a descansar en su casa.

—Dormir —repitió varias veces mientras hacía la mímica de apoyar la cabeza en sus manos y cerraba los ojos.

El chico pareció entender. Se veía asustado, pero era evidente que su cuerpo le pedía un descanso. Siguió a Pedriel con pasos tímidos hasta su

departamento, donde el escritor le entregó ropa limpia y unas mantas. Luego abrió ante él un atlas y señaló uno de los mapas.

—¿De dónde sos? ¿África?

El dedo del chico se movió por el continente africano hasta que se detuvo en un punto: Burundi.

—Buyumbura —dijo señalando la capital.

Pedriel tomó un papel y una lapicera y dibujó un rudimentario avión.

—¿Cómo viniste? ¿En avión?

El chico sacudió la cabeza. Agarró la lapicera, tachó el avión e hizo un dibujo en el que Pedriel creyó reconocer un barco. Entonces pareció recordar algo: sacó una bolsa de plástico de su bolsillo y de ahí un papel arrugado, que le extendió al escritor. Había un nombre, Adelin Ntamawana, y una dirección en Río de Janeiro, Brasil.

—Querés ir a Brasil —dijo Pedriel hablando para sí mismo. Volvió a acercar el atlas y le señaló un punto—. Nosotros aquí, en Buenos Aires. Río de Janeiro, acá —y marcó la distancia.

El chico se agarró la cabeza con las manos y soltó una retahíla de frases en las que se adivinaba un lamento.

—No te preocupes, yo te voy a ayudar —le dijo Pedriel, aunque sabía que no le había entendido ni una palabra. Después lo dejó dormir.

Durmió dieciocho horas seguidas. En ese tiempo, Pedriel recurrió a todos los medios a su alcance para descubrir alguna parte de la historia. Al fin encontró una pequeña información en un diario que lo iluminó: decía que el capitán de un buque de bandera filipina que venía de África había hallado un polizón cuando estaba en alta mar y lo había encerrado en la bodega. Pensaba entregarlo a la policía al tocar el puerto de Buenos Aires, pero entonces descubrió que el chico se había fugado.

—Un polizón —se dijo a sí mismo Pedriel—. Esa es mi novela.

Ya era sábado por la mañana cuando llamó por teléfono a Luisa, una amiga que hablaba a la perfección seis lenguas y bastante bien otras tres.

—Si viene de la capital de Burundi, probablemente hable swahili —le respondió—. Hay pocos traductores de esa lengua aquí. Puedo ayudarte a encontrar uno, pero no va a ser hasta el lunes.

Pedriel se dijo que tenía que encontrar la mejor manera posible de pasar ese fin de semana con un chico con el que no podían intercambiar palabra. Cuando despertó le dio un abundante desayuno, un block de hojas y una caja de lápices de colores. Pretendía que el muchacho le dibujara su historia. Pero tampoco eso fue fácil. Por momentos hacía unos círculos con patas que bien podían ser personas como arañas, y les agregaba rayas y flechas. Terminaron abandonando el intento.

A lo largo de esos dos días en que compartieron comidas, un par de caminatas y el inútil intento de comunicarse, el escritor empezó a distinguir algunas palabras o sonidos que se repetían. Creyó que tal vez una de esas palabras podía ser su nombre: Kwaheri. O tal vez simplemente fue el deseo de encontrarle un nombre, porque estaba cansado de llamarlo por gestos.

—Vos —le dijo señalándolo—, Kwaheri.

El chico sonrió, divertido.

—Kwaheri —repitió—, Brasil.

Era evidente que le urgía irse. Pedriel quería ayudarlo, pero necesitaba con desesperación que antes le contara su historia. A cada instante estaba